

La bondad de Dios

El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande, los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría,...
(Is 9, 1ss)

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ
Presidentes del MFC

En este año, como en todos los años que fueron y que vendrán por los siglos de los siglos, los cristianos celebraremos la gran fiesta de la Navidad en la que conmemoramos la noche en que nace en Belén, un Niño que es Dios -verdadero Dios y verdadero Hombre- que nace en una gruta utilizada como establo de los pastores para guardar sus rebaños, ya que sus padres, la Virgen María y San José, no encontraron lugar para ellos en la posada, obligados a viajar desde Nazaret a Belén para cumplir con el empadronamiento que dictó el emperador César Augusto. (cf. Lc 2, 1-7)

Dios, Señor de todo lo creado, nace humilde, sencillo y pobre. En su ser niño se hace clara la humildad de Dios. Dios se hizo pobre. Su Hijo nace en la pobreza del establo. En el niño Jesús, Dios se hizo dependiente, necesitado del amor de las personas humanas, a las que ahora puede pedir nuestro amor. Precisamente el encuentro con la humildad de Dios se transforma en alegría: su bondad crea la verdadera fiesta.

Si queremos en esta Navidad encontrar al Dios que se ha hecho niño, que nos trae un mensaje de paz y amor, debemos dejar nuestras falsas certezas, nuestra soberbia, nuestros egoísmos y resentimientos que nos impiden percibir la cercanía de Dios, del Emmanuel, del Dios-con-nosotros.

Para encontrarnos con Él, que puede transformar nuestra vida, debemos seguir el camino hacia la sencillez exterior e interior que hace al corazón capaz de ver. Debemos dejar atrás nuestro orgullo, nuestra falsa vanidad, nuestra obsesión por lo material, para poder entrar más profundamente en el portal de la fe y encontrar a Dios que es diferente de nuestros prejuicios y

opiniones: el Dios que se oculta en la humildad de un niño recién nacido.

En cierto modo todo hombre espera y desea la cercanía de Dios, pero cuando llega el momento, desgraciadamente, está tan ocupado consigo mismo que no tiene espacio ni tiempo para Él. Necesita todo el tiempo y el espacio para sus cosas y ya no queda nada o casi nada, para el otro, para el prójimo, para el necesitado, para Dios...

En esta Navidad preguntémonos ¿verdaderamente tengo tiempo y espacio para Dios? ¿Qué lugar ocupa en mi vida, o no hay lugar para Él, porque tenemos ocupado todo nuestro pensamiento, nuestro quehacer, nuestra vida, con nosotros mismos? ¿Qué lugar tiene Él en la vida de mi familia? Y para el prójimo que tiene necesidad de mi palabra, de mi tiempo o de mi afecto ¿tengo tiempo?

Contemplando al niño Dios, al Emmanuel, en pañales, rodeado de la Virgen María y de san José, su padre putativo, recostado en el pesebre de un establo, entre el buey y la mula, pidámonle que nos haga sencillos de corazón y disponibles para aquellos que nos necesitan, porque Dios que no cesa de llamar a nuestra puerta para compartir nuestra vida; sólo se manifiesta al corazón que se ha hecho sencillo.

Abrámosle un lugar en nuestro corazón y en el de nuestra familia para que esa bondad y misericordia de Dios, que con el nacimiento de su Hijo en el establo, ha querido traer al mundo, llene nuestra vida.

Que así sea.